



Universiteit  
Leiden  
The Netherlands

## Arqueología en la línea noroeste de la Española, Paisaje, cerámicas e interacciones

Ulloa Hung, J.

### Citation

Ulloa Hung, J. (2013, April 23). *Arqueología en la línea noroeste de la Española, Paisaje, cerámicas e interacciones*. Retrieved from <https://hdl.handle.net/1887/20841>

Version: Corrected Publisher's Version

License: [Licence agreement concerning inclusion of doctoral thesis in the Institutional Repository of the University of Leiden](#)

Downloaded from: <https://hdl.handle.net/1887/20841>

**Note:** To cite this publication please use the final published version (if applicable).

Cover Page



Universiteit Leiden



The handle <http://hdl.handle.net/1887/20841> holds various files of this Leiden University dissertation.

**Author:** Ulloa Hung, Jorge

**Title:** Arqueología en la Línea Noroeste de La Española. Paisaje, cerámicas e interacciones

**Issue Date:** 2013-04-23

## CAPÍTULO II. EL CARIBE. ENTORNO CULTURAL Y NATURAL

### 2.1 Introducción

El Caribe constituye un territorio que como ningún otro exhibe una manera, un olor, un sonido, un color, y un movimiento marcadamente propios (James 2000:7). Estos rasgos lejos de anunciar una entidad hecha y prefigurada nos remiten a un dinamismo peculiar, a un flujo constante, que señala hacia su reformulación una y otra vez, lo que parece estar en relación con la proliferación de más de una metódica conceptual para tratar de aprehenderlo.

El presente capítulo constituye una aproximación general a la diversidad de conceptos que desde distintas ópticas han tratado de definir el espacio Caribe y como esto ha incidido en la enunciación de sus supuestas fronteras geográficas en distintos momentos y desde diferentes ángulos.

El abordaje de ese tópico tan complejo no pretende generar una definición particular o única del Caribe, por el contrario, intenta llamar la atención sobre la necesidad de concebirlo como un espacio de articulación, de interacciones diversas, cuya fluidez histórica está lejos de encerrarlo en el contenido estrecho que lo aísla como un *área cultural* con fronteras estáticas y bien delimitadas. Este énfasis en la interacción se combina con el análisis de las diferentes visiones que desde una perspectiva propiamente arqueológica han tratado de definir el Caribe así como con el análisis de las incidencias de la geografía y el clima del espacio antillano en el desarrollo de las sociedades que inicialmente poblaron esta región. Esto no significa que se conciba el Caribe solo a nivel de los espacios isleños, sin embargo, este énfasis particular se justifica por el objeto de estudio que comprende la presente disertación.

Por último, nos adentramos en las implicaciones que la dinámica histórica caribeña, plagada de contradicciones y dinamismo más que de sosiego y calma, han tenido en la formación del patrimonio arqueológico de la región, para concluir con el planteamiento de algunos de los peligros que este patrimonio enfrenta al momento de concebir su protección y conservación.

### 2.2 El Caribe. Los avatares de un concepto

Ningún concepto y la realidad —o realidades— que define o caracteriza son estáticas, por el contrario, todos están cargados de historicidad, cambios y transformaciones. Uno de los ejemplos más connotados en ese sentido es la definición de el Caribe, a través de la cual es posible constatar una diversidad de aproximaciones con sentido geográfico, etnohistórico, geopolítico o cultural (Argüelles 1981; Bosch 1981; Braithwaite 1971; Cooper 1942; Gaztambide 2003; Geurds y Van Broekhoven 2010; Hofman *et al.* 2010; Horowitz 1971; James 2000; Knight y Palmer 1989; Maniketti 2008; Mintz 1971; Moreira 1999; Moya Pons 1981; Murdock 1951; Pérez Concepción 2004; Rodríguez Beruff 2000; Rodríguez Ramos 2010; Rodríguez Ramos y Pagán 2007; Rouse 1953; Steward 1948; Sued Badillo 1992, Veloz Maggiolo 1991; Wilson 2007; William 1984; Willey 1971; Wissler 1938). La expresión tangible de ese fenómeno, se visualiza en la existencia de criterios que delimitan el Caribe de manera diferente en distintos momentos y de acuerdo a diversas disciplinas, lo que pareciera otorgarle a este espacio un cierto carácter inaprensible.

Ejemplos de lo anterior se perciben tempranamente en la cartografía europea, la que durante los primeros siglos posteriores a la conquista no muestra una definición clara de este territorio. Al contrario, en sus descripciones iniciales afloran los mitos mezclados con elementos propios de la nueva realidad que se intenta describir, en particular de las islas antillanas. Además, se distingue un fuerte sentido geopolítico, evidente en los intentos de articular las implicaciones teóricas de la evangelización con los detalles geográficos y prácticos de lo que se consideraban “descubrimientos”. Esta situación adquirió mayores dimensiones a la luz de denominaciones generales como “Nuevo Mundo” o “Indias Occidentales”. En ellas se involucraban todos los territorios vinculados a los “descubrimientos” y la colonización en América, los que desde el punto de vista geográfico afloraban como una mezcla de tierras, golfos, mares, islas y océanos que, constantemente, se multiplicaban y adquirían denominaciones específicas a partir de los más disímiles atributos.

En la terminología de los navegantes europeos del siglo XVI, generalmente el espacio Caribe se confunde con el Atlántico Norte. Sin embargo, a mediados de ese siglo un mapa francés lo describe, por primera vez, como un mar de Las Antillas, y en medio de esas confusiones, en el siglo XVII los anglosajones y criollos angloamericanos en su colonización de las Antillas Menores comenzaron a referirse a él como *islas del Caribe*.

Esos primeros intentos de definición marcan el inicio de acercamientos e intentos más profundos de aprehensión de este espacio, en los que algunos investigadores (Gaztambide 2003) creen rastrear tres enfoques esenciales. El primero de ellos, y quizás el más antiguo, se concentra en la existencia de un Caribe insular o *etno-histórico* y tiende a ser sinónimo de *Las Antillas* y las llamadas *West Indies*, por lo que suele incluir las Guyanas y Belice, y puede llegar hasta Las Bahamas y Las Bermudas. Es uno de los enfoques más utilizados en la historiografía anglófona y se considera coincidente con las primeras identidades generadas en el área (Knight y Palmer 1989; Williams 1984).

Un segundo enfoque enfatiza directamente en los determinantes geopolíticos y sus incidencias al momento de considerar la extensión del Caribe. En ese caso, las delimitaciones geográficas del espacio han estado básicamente marcadas por una visión extra-regional de fronteras entre varios imperios coloniales<sup>1</sup> (Bosch 1981:13). Una de las expresiones más claras de esto parece manifestarse durante el siglo XX asociada a la transición hegemónica de la supremacía europea a la norteamericana dentro de la región (Rodríguez Beruff 2000).

Este enfoque no solo considera al Caribe desde el punto de vista insular, sino que incluye Centroamérica y Panamá, y ha sido básicamente utilizado en la historiografía y en los estudios sobre las relaciones entre Estados Unidos y esta porción del continente americano. Dentro del mismo se ha priorizado la idea de Cuenca del Caribe en la que, a los territorios anteriores, se añaden Venezuela, partes de Colombia y de México. La tendencia general ha sido la de considerar al Caribe como Mesoamérica, o una América central entre la del norte y la del sur.

Un rasgo peculiar es que, aún cuando esta perspectiva se popularizó a partir de la geopolítica estadounidense, en la actualidad ha asumido otros significados. En particular como una respuesta a los propósitos con los que fue originalmente concebida, y en estrecha relación con el desarrollo de una conciencia sobre la real pertenencia de esos territorios al Caribe (Girvan 1999). En ese sentido es preciso señalar que las ideas sobre la existencia de un Gran Caribe no son solo sostenidas bajo premisas geográficas, sino bajo premisas de orden socio históricas y culturales. En ellas la pertenencia de esos espacios al Caribe se respalda en el criterio de un núcleo de relaciones e interacciones de orden social, político y cultural, que incluso alcanzó los momentos anteriores al arribo de los europeos (Geurds y Van Broekhoven 2010; Hofman *et al.* 2010; Mol 2010; Rodríguez y Pagán 2007; Rodríguez Ramos 2010a:19-51; 2011:184-192). Perspectiva que es básicamente la asumida en la presente disertación.

El tercero y último enfoque en relación a las dimensiones del Caribe se concentra esencialmente en aspectos de orden cultural vinculados a la herencia africana. Su representación geográfica, más que corresponderse con fronteras políticas, suele incluir porciones de países que incluso no tienen vínculos con el mar Caribe. Este punto de vista se define en lo fundamental a partir de la propuesta de Charles Wagley (Wood 1989) de estudiar las Américas basado en lo que denomina esferas culturales. Desde esa óptica, el Caribe se sumerge dentro de lo que se considera la América de las plantaciones o Afroamérica, y existe o se manifiesta en todos aquellos espacios donde la plantación<sup>2</sup> y evidentemente las respuestas a esta (contra-plantación) se materializaron (Beckford 1972; Mintz 1971; Pérez Concepción 2004:16-17).

En este último enfoque uno de los aspectos más sobresalientes es el empleo del concepto *Área sociocultural*, en lugar de *área cultural*, al momento de delimitar el Caribe. Aquí el énfasis se concentra en aspectos de las sociedades caribeñas que las hacen distintas a las de otras áreas. No existe un intento de generalizar rasgos culturales distintivos o diagnósticos para toda la región, o incluso de un componente social único. Más que nada, es fundamental el manejo de diferencias entre los términos *cultura* y *sociedad*.

<sup>1</sup> Lo que define al Caribe son las luchas de los imperios contra los territorios o pueblos de la región por arrebatarles sus riquezas económicas y el dominio geopolítico. Además de las luchas entre esos propios imperios por una mejor participación en la distribución de esas riquezas y, a su vez, la resistencia de los pueblos ante el empuje colonizador y neocolonial. En esencia se considera que lo que ha definido al Caribe es una historia plagada de contradicciones y luchas que, a su vez, marcan los procesos de interconexión y de definición de sus fronteras en una perspectiva o devenir histórico. *El Caribe es resultado de ser el escenario de estas luchas*, y en sus esencias de la competencia inicial entre las nuevas naciones capitalistas europeas, y posteriormente de las apetencias expansionistas de los Estados Unidos.

<sup>2</sup> En este modelo el sistema de plantaciones no es solo un instrumento económico, sino las bases para generar el diseño social en las sociedades caribeñas. Aunque se reconoce que el balance particular entre este y el sector campesino varía significativamente de un país a otro, o de una región a otra. Un aspecto que también distingue al Caribe es que no se produjo una mezcla específica de estas dos adaptaciones agro-sociales.

Bajo esos criterios es inexacto referirse al Caribe como *área cultural*, en tanto significaría asumir un cuerpo de tradiciones históricas comunes. Lo que se contradice con los orígenes diversos de las poblaciones caribeñas,<sup>3</sup> así como con la complicada y diversa historia de las imposiciones europeas que en parte originaron un cuadro cultural tan heterogéneo. Es en las estructuras de organización social donde se registran similitudes que no pueden ser atribuidas a meras coincidencias, y donde las supuestas uniformidades pan-caribeñas, a partir del momento colonizador, se constituyeron en paralelos de organización económica y social. En ese caso las sociedades del área del Caribe deben ser vistas en términos de un continuo multidimensional, más que en términos de un simple modelo abstracto (Mintz 1971:18-20), y aunque la extensión geográfica de la región se amplía, también es necesario aclarar que el compartir ciertas experiencias culturales entre sociedades, no hace de ellas un agrupamiento indiferenciado que pueda ser considerado bajo un proceso histórico similar.<sup>4</sup>

Las interacciones y mezclas de contingentes humanos tienen especificidades en cada isla o territorio caribeño, de ahí que sea posible hablar de mosaicos multiculturales regionales dentro de espacios que actualmente conforman estados nacionales en el Caribe. Por otro lado, aunque el sistema o régimen de plantaciones que imperó en la región durante siglos puede considerarse la forma de organización económica generatriz de muchas de las coincidencias sociopolíticas y culturales, la historia de su aplicación tiene inicios y desarrollos que no son uniformes en todos los territorios, por el contrario, en el Caribe parecen haber coexistido siempre diversas formas de economía combinadas.

En esencia, es necesario resaltar que, para el Caribe de las plantaciones, no se puede hablar de un solo tipo de plantación ni desde una perspectiva diacrónica, espacial, o desde los productos obtenidos a través de la misma (Argüelles 1981; Pérez Concepción 2004:9-10).

La existencia de esta diversidad de enfoques en las formas de conceptualizar el Caribe, más que significar una reducción esquemática en cuanto a sus rasgos culturales, sociales, o geográficos, parecen estar vinculados con un excepcional dinamismo. Dinamismo en el que se entretajan procesos históricos complejos marcados por una singular confluencia de territorios y paisajes distintos, con movimientos, encuentros y conflictos entre poblaciones y culturas con orígenes diversos, cuyo devenir hacia nuevas sociedades se encuentra estrechamente marcado por incidencias geopolíticas externas. Esos procesos históricos graban la existencia y predominio de diferentes tipos, esferas y dinámicas de interacción a variadas escalas y momentos, lo que hace prácticamente imposible definir fronteras o límites completamente estables para la región. Al contrario, su parcial aprehensión desde distintos periodos parece ser la causa de las ideologías e imaginarios que se esconden detrás de los contenidos otorgados a los criterios de definición antes esbozados.

Por otra parte —y aunque sea legítimo preferir una u otra de las tendencias reseñadas—, cabe subrayar que *no hay una definición correcta del Caribe* sino definiciones más o menos explícitas, más o menos consistentes con el tema bajo consideración, es decir, más o menos apropiadas y conducentes al esclarecimiento científico (Gaztambide 2003). Estamos de acuerdo con Girvan (1999) cuando desde una perspectiva metodológica plantea:

... la noción de Caribe ha sido —y está siendo— continuamente redefinida y reinterpretada, en función del interés por ofrecer respuestas a las influencias externas y a los procesos internos. Una posición apropiada es sostener que no hay una definición “precisa” o consumada; el contenido depende más bien del contexto, pero ello debe especificarse con claridad cuando se emplee con propósitos descriptivos o analíticos... (Girvan 1999:10).

<sup>3</sup> La heterogeneidad del Caribe, que comenzó o se inició desde el período precolombino, alcanzó nuevos matices y rasgos en momentos posteriores a la colonización europea de las islas y territorios que le componen. En particular, a partir de la mezcla en proporciones variables, desde un espacio a otro, de poblaciones venidas desde lugares disímiles Europa, África, Asia y por supuesto, de poblaciones indígenas autóctonas. La heterogeneidad de estos conglomerados humanos ha sido, muchas veces, enmascarada bajo el nombre de un continente. Detrás de este se esconden notables diferencias, por ejemplo, cuando se habla de Europa es imprescindible pensar en franceses, españoles, ingleses, holandeses, portugueses; o cuando se habla de África puede pensarse en congos, lucumíes, yorubas, entre otras etnias. Lo mismo ocurre con los asiáticos, que pueden incluir chinos, indios, javaneses, etc. Este mismo fenómeno también se expresa de manera más formal cuando se asume bajo la supuesta bandera de un estado, sin tomar en consideración que hacia el Caribe vinieron poblaciones que constituían varias nacionalidades, como es el caso de España.

<sup>4</sup> A diferencia de esto, un concepto basado en fenómenos ecológicos y demográficos intenta una conciliación de los criterios cultura y sociedad. Este considera que el Caribe es un conjunto de territorios, naciones y países situados en la misma zona geográfica, cuyos sistemas económicos y sociales comunes originaron respuestas culturales más o menos análogas. Se trata de sociedades más o menos nuevas, productos de la aculturación de valores originales y de una mezcla racial y étnica. Los nuevos valores de que fueron dotadas, adquirieron características homogéneas a través de un *proceso histórico común* (UNESCO 1981:15-16).

## 2.2.1 El Caribe precolombino. Nociones desde los modelos arqueológicos

Desde el lente histórico, el Caribe del período precolombino ha sido fundamentalmente visualizado a partir de dos subregiones culturales definidas por diferentes porciones de las tierras firmes. Las Antillas Mayores han sido vistas con mayor conexión con Centroamérica, mientras para las Antillas Menores se han advertido mayores relaciones con el norte de América del Sur.

La consideración del Caribe pre-colonial desde la arqueología y la documentación etnohistórica también aparece permeada por la idea de una visión isleña. Esa fijación al espacio antillano no se encuentra divorciada de la fragmentación en las áreas o subregiones ya mencionadas (Antillas Mayores y Antillas Menores), teñidas por supuestos matices étnicos y poblacionales generalizadores. Situación que se vincula a la dualidad general arauacos/caribes y, evidentemente, a la existencia de fronteras o áreas intermedias.

Un vistazo general al cuadro anterior indica que este se sostiene desde dos posiciones fundamentales. Una que considera a las poblaciones indígenas como contrapuestas en bloques cerrados, y otra que las considera como un sistema o mosaico de culturas con relaciones estructuradas que podía incluir alianzas, intercambios, enfrentamientos, conflictos, u otro tipo de relaciones (Amodio 1991; Robiou Lamarche 2005:153-158; Wilson 1999, 2004).

Las definiciones del Caribe desde los datos arqueológicos también han sido vinculadas a modelos explicativos de las culturas indígenas sudamericanas, sobre todo a partir de la creación de *áreas culturales*. Por ejemplo, J. M. Cooper (1942) propuso un mapa cultural para Sudamérica creado bajo raseros evolucionistas y de historia cultural, y asumió tres tipos diferentes de culturas: culturas de las sierras, culturas de la selva y culturas marginales.<sup>5</sup> Su interés no se circunscribió exclusivamente a la distribución geográfica de estos tipos de culturas, sino que también lo asumió en forma de una secuencia.<sup>6</sup> Desde ese modelo, el Caribe fue incluido dentro de la distribución de dos culturas, la de selva y la marginal (Willey 1971:figura 1-6 y figura 1-7:18), y su historia fue asimilada desde una óptica lineal en la que se identificaban las similitudes en estos niveles de desarrollo con una historia común para toda la región.

Otro modelo de definición del Caribe fue desarrollado por Julian H. Steward. Este fue creado por la necesidad de organización editorial del *Handbook of the South American Indians*, y creció o se desarrolló a partir del refinamiento del esquema de *áreas culturales* de Cooper. En particular a los tres tipos de culturas definidos por Cooper se le agregó un cuarto, el tipo Circum-Caribe, el cual tomó nombre de una localización geográfica que incluía a las Antillas, el noroeste y centro de Sudamérica, además de la región istmo colombiana. El origen de la cultura Circum-Caribe fue remitido al período *formativo* de las culturas sub-andinas y a su introducción en las tierras bajas de Sudamérica. El ajuste tropical de muchos rasgos propios de estas creaba lo que Steward (1949:758-760) denominaba nivel Circum-Caribe de desarrollo.

Más tarde Steward y Faron (1959) implementaron una nueva terminología para definir *las áreas culturales* en ese modelo. Para ello, junto a los elementos ecológicos asumieron una descripción funcional que, al designar las culturas de los Andes centrales, lo hacía como Civilización de irrigación, mientras el área Circum-Caribe se consideraba propia de jefaturas militaristas y teocráticas.

Basado en el modelo de Steward, Irving Rouse (1953) intentó relacionarlo con datos arqueológicos existentes hasta ese momento para las Antillas y partes de las Tierras Bajas de Sudamérica. En ese intento se valió de un esquema que comprendía cuatro períodos además de horizontes, complejos y series cerámicas, que se extendían desde un área a otra. A partir de aquí, el espacio Caribe fue definido en una secuencia cultural de desarrollo que iba desde tribus consideradas marginales, hasta alcanzar el desarrollo Circum-Caribe en algunas regiones de las Antillas Mayores. Respecto a estas últimas prevaleció la idea de que solo constituía una continuación del desarrollo de las culturas de selva tropical que las habían poblado en un período anterior. Esa posición se hizo cada vez más cerrada (Rouse 1992:31-37) al desarrollar un punto de vista que, consciente o inconscientemente, limitaba los orígenes de las culturas precolombinas antillanas solo a las Tierras Bajas de Sudamérica y a los alrededores de los bancos del río Orinoco.<sup>7</sup> Idea que ha sido prevaleciente y prácticamente única hasta fechas recientes.

<sup>5</sup> Los antecedentes o algunas incidencias en la formación de este modelo pueden ser rastreados en el de Clark Wissler (1938) quien había preparado un mapa de áreas culturales para Sudamérica tan temprano como en 1917. Su mapa sobre Sudamérica incluía cinco divisiones y su perspectiva se orientaba en un sentido más descriptivo.

<sup>6</sup> Por ejemplo observaba que las culturas marginales con un modo de vida simple fueron reemplazadas por la cultura más avanzada de sierra y selva. En esencia concebía una serie gradual que incluía a estos tres tipos de cultura, y que fue presentada como una secuencia de desarrollo. El esquema combinaba historia cultural y evolución cultural.

<sup>7</sup> No obstante inicialmente Rouse no descartaba algunas incidencias de las culturas Circum-Caribes del continente al asumir las ideas de Sven Loven (1935) de que los juegos de pelota y las plazas asociadas a ellos habían pasado directamente desde Centroamérica a las Grandes Antillas y no por la vía o la ruta del norte de Sudamérica.

A partir de aquí, el paradigma Rouseano no solo se constituyó en algo jerárquico al momento de afirmar cómo realizar e interpretar las investigaciones arqueológicas en el Caribe, sino además al definir el tipo de datos que debían ser colectados y dentro de qué fronteras espaciales se debía hacer. Cualquier desliz en ese sentido corría el riesgo de ser rechazado por no formar parte del campo de investigación propuesto por la arqueología del área caribeña (Keegan 2010).

Como parte de las secuelas dejadas por el modelo de Julian Steward y sus ideas de área Circum-Caribe es posible encontrar al menos otras tres posiciones. Una de ellas se localiza en la obra de Gordon Willey (1971:19-24), quien utilizó el concepto aunque con modificaciones. Las *áreas culturales* fueron asumidas como instrumentos para la presentación de inter-relaciones sobre apreciables periodos de tiempo. El área del Caribe, desde ese punto de vista, solo incluía el este de Venezuela, el norte de Guyana, así como las Antillas, y su modelo además abrazaba matices ecológicos vinculados a tradiciones de orden productivo y aspectos del lenguaje. En esencia, la definición de Caribe de este autor seguía los límites impuestos por Irving Rouse (1961) y era similar a la enunciada por Murdock (1951),<sup>8</sup> con la excepción de no contemplar partes de Colombia o el occidente de Venezuela.

La aplicación de conceptos y categorías marxistas en algunas de las arqueologías antillanas y sudamericanas, fue acogida a partir de la década del setenta en la corriente conocida como Arqueología Social Latinoamericana. Desde ella la definición de área Circum-Caribe adquirió los matices de los llamados *modos de vida*, además de una división *en regiones geohistóricas* (Fonseca 1996; Sanoja y Vargas 1999:143-166; Vargas Arenas 1990:108-116; Veloz Maggiolo 1991:15-44). Dentro de esos criterios es posible percibir componentes que no se apartaban de la ecología cultural y del evolucionismo de Julian Steward.

La definición del Caribe en ese caso, además de las Antillas incluía las riberas de territorios continentales bañados por este mar. Así se encerraba en las costas al Caribe de Guayana, Venezuela, Colombia, Panamá, Costa Rica, Nicaragua y Honduras. La inclusión de estos territorios en un término más cercano al de Gran Caribe, no solo obedeció a meras apreciaciones geográficas, sino a consideraciones sobre modos de vida o modelos de producción específicos que se desarrollaron en los ambientes costeros de esos espacios. La inclusión tomaba en cuenta el predominio de condiciones ecológicas particulares que producían respuestas socioculturales repetidas o muy parecidas, ya fuera por contacto cultural o por procesos de desarrollo de las *fuerzas productivas* ante factores similares en cada lugar (Veloz Maggiolo 1991:15). En esencia las equidades en los llamados modos de vida de grupos que habitaron distintos entornos (las islas antillanas o las riberas continentales del mar Caribe), determinaban su inclusión dentro de este espacio.

Desde esa óptica lo que se resaltaba eran momentos de unidad en el Caribe pre-colonial. Los cuales supuestamente alcanzaban su mayor nitidez a partir del predominio del llamado *modo de vida cacical* (sobre todo después del siglo IX d.C) en las Antillas Mayores y en las áreas continentales con costas al Caribe. A pesar de esto el Caribe fue concebido como una expresión multidimensional. Como una zona sin una historia similar, sin una cultura similar, o un desarrollo común desde su período pre-colonial. Por el contrario, eran los sincretismos de formas sociales y económicas específicas los que se consideraban la fuente vital para forjar las respuestas culturales deducidas desde los llamados *modos de vida*.

Los usos más recientes de la perspectiva Circum-Caribe o de Gran Caribe por la arqueología del área, se identifican fundamentalmente a partir de evaluar el rol de la interacción interregional en la formación de sus sociedades pre-coloniales, poniendo énfasis especial en las Antillas y en sus relaciones con otros espacios continentales circundantes (Hofman y Bright 2010; Geurds 2011; Geurds y Van Broekhoven 2010; Mol 2010; Rodríguez y Pagán 2007; Rodríguez Ramos 2010a, 2011). Esa visión argumenta que, aunque los procesos de desarrollo y adaptación local así como los de invención independiente fueron de suma importancia para la conformación de las sociedades que habitaron las Antillas, la interacción interregional fue un elemento que tuvo marcadas implicaciones en la articulación cultural y política de los habitantes del Caribe insular y de otras regiones Circum-caribeñas. En ese contexto el mar Caribe es un agente unificador y la navegación es un mecanismo de enlace primordial a nivel intra e interregional en tiempos precolombinos (Boomert y Bright

<sup>8</sup> Uno de los más detallados desgloses de las áreas culturales sudamericanas fue realizado por Murdock (1951) después del Handbook. Sus filiaciones de área culturales fueron creadas a partir de datos de todo tipo etnográficamente reportados además de criterios de filiación lingüística. Este modelo define áreas que presentan diferencias con respecto a los modelos de Cooper y Steward además de representar las mismas con una mayor coherencia interna a través de lo que llama "esferas de difusión" por lo menos desde los periodos históricos hasta los más modernos.

2007). Ese tipo de enlaces contempla los habitantes de los momentos más tempranos de las Antillas y de áreas continentales, incluyendo la región istmo-colombiana y el sudeste de los Estados Unidos.

En esencia, a partir de la determinación de diferentes esferas de interacción dentro de las Antillas (Berman y Pearsall 2008; Berman, Sievert y Whyte 1999; Boomert 2007a, 2010; Callaghan 2001, 2011; Cooper *et al.* 2004; Cooper 2006, 2010; Crock *et al.* 2008; Havisier 1991; Hofman *et al.* 2007; Hofman y Bright 2007; Hofman *et al.* 2010; Hofman y Hoogland *et al.* 2011; Kaye *et al.* 2007; Knippenberg 2006; Mol 2007, 2011), y entre estas y los continentes circundantes (Rodríguez Ramos 2011; Rodríguez Ramos y Pagán Jiménez 2006) es posible construir un concepto más dinámico y amplio del Caribe pre-colonial. Desde ese punto de vista, un aspecto a considerar en la definición del Caribe es el de *espacio de articulación*. El cual lo refiere como un espacio que fue y es fluido, y algo importante, que se redefine constantemente a través del tiempo. Esa parece ser una premisa ontológica en los intentos de aprehenderlo como realidad social y en la delimitación de sus fronteras.

Estamos de acuerdo con Sidney Mintz (1971, 1977) cuando plantea que es trascendental que el Caribe sea estudiado desde una dimensión histórica, tomando en cuenta que cualquier concepto de frontera (agregamos, pre o post colonial) que se maneje debe ser definido como permeable en algún grado. La idea, por tanto, señala hacia la importancia o rol del componente temporal en el entendimiento del Caribe, sobre todo al momento de evaluar o definir los espacios de interconexión. Lo que en algunos estudios arqueológicos sobre el periodo precolombino ha sido definido como los ciclos de interacción o las dinámicas de intercambio, y en el caso de la arqueología de los momentos postcoloniales como la integración del Caribe (sobre todo en los siglos XVII y XVIII) al llamado sistema mundo (Maniketti 2008).

Ambos factores constituyen elementos excepcionales para entender el devenir caribeño desde la arqueología, debido a que las esferas de intercambio y los espacios de interconexión tienen sus manifestaciones a través de la cultura material. Las interacciones, así como otros procesos históricos (movimientos de población o migraciones) que pueden alterar la trayectoria histórica de una isla, de una región, e incluso de espacios mayores en el Caribe, tienen una expresión a nivel de los registros arqueológicos. Desde ese punto de vista, la dimensión temporal antes comentada permitirá reconocer arqueológicamente múltiples Caribes,<sup>9</sup> configurados por la intercepción de sociedades con historias marcadamente diferentes que interactuaron e interactúan de diversas maneras y que generaron y generan múltiples consecuencias. Es ese espectro de diversidad lo que da lugar a las formas sociales, a la configuración de lo que identificamos como Caribe.

### 2.3 El Caribe geográfico. Las Antillas

Atendiendo a lo planteado en el acápite anterior, consideramos al Caribe desde el punto de vista geográfico como un Gran Caribe que incluye una especie de semicírculo irregular que se extiende desde las costas sudamericanas de Guyana, Venezuela y Colombia, pasa por las de Centroamérica y Yucatán, continúa por la costa del golfo de México hasta la península de la Florida, Las Bahamas, Antillas Mayores, y continúa por el gran rosario de islas e isletas y cayos del conjunto antillano del este. Las especificidades etnoculturales de esta región también demandan que se incluyan zonas como las desembocaduras de los ríos Orinoco, Amazonas y Magdalena, en América del Sur, y del Mississipi en América del Norte (Moreira de Lima 1999:1-2).

El mar Caribe como el gran factor de unidad de estos espacios cubre un área aproximada de 2 763 800 km<sup>2</sup>, y se expande en forma de una T que de este a oeste alcanza alrededor de 2,735 km y 1,287 km de norte a sur. Una importancia particular para las navegaciones en este entorno marítimo es la naturaleza de sus vientos y corrientes, sobre todo porque toda el área se encuentra dominada por los vientos del este, los cuales empujan las corrientes cálidas superficiales hacia el norte a través del mar. En general dominan los patrones de flujo de este-oeste.

El Caribe también se distingue como una región que está asociada a características específicas de clima y paisaje, así como de recursos naturales básicos para la nutrición. Las áreas costeras de este espacio ofrecen una variedad de recursos naturales y de materias primas que fueron significativas para las poblaciones indígenas, tanto de las islas como de las tierras firmes. Estas incluyen esencialmente minerales como cobre, oro, rocas como el pedernal y la obsidiana para hacer instrumentos. Al igual que varios tipos de rocas semipreciosas

<sup>9</sup> Por ejemplo, y volviendo al período colonial, lo que se conoce como esclavitud de plantación en términos de sus dinámicas de establecimiento se relaciona con las interacciones sociopolíticas, y con varias fuerzas que operan simultáneamente, lo que también tiene su referencia en el mosaico que constituye el registro arqueológico. Diferentes conceptos y propósitos de colonia, variaciones en la esclavitud, en las políticas europeas así como las variaciones económicas aseguran que las interacciones regionales estén lejos de ser estáticas.



(amatista, cornalina, jade, cristal) rocas duras para fabricar hachas, además de sal. Estos recursos son potenciales para establecer una amplia red de intercambios.

Las áreas más húmedas de las tierras tropicales del Caribe están asociadas con una vegetación densa, así como de gran fertilidad, ampliada en algunos casos en lugares con suelos volcánicos. En las islas a diferencia de tierra firme, la fauna más grande se reduce a roedores y reptiles. Sin embargo, la disponibilidad de recursos se balancea por la gran riqueza de los ambientes marinos, donde sobre todo predominan los manglares y formaciones de arrecifes con abundantes poblaciones de peces, moluscos y crustáceos.

Dentro de este espacio Caribe, el archipiélago de Las Antillas tiene forma de un arco que se extiende entre Norte y Sudamérica, y ocupa una superficie de alrededor de 273 000 km<sup>2</sup>. Se encuentra subdividido en tres grandes grupos de islas: Las Bahamas; Las Antillas Mayores y Las Antillas Menores. Las Bahamas comprenden un conjunto de islas, isletas, cayos y bancos ubicados al norte de Cuba entre la Florida y Haití. El archipiélago comprende unas 33 islas y cerca de 600 cayos que se extienden en un arco de 1 000 km. Su vegetación incluye, fundamentalmente, bosques bajos y pinares, así como vegetación orofítica. Los suelos son básicamente de arenas coralinas y algunos arcillosos. En general son escasas las corrientes de aguas superficiales (Moreira de Lima 1999:2).



Figura 1a. Mapa de la región del Caribe.

Las Antillas Mayores comprenden la isla de Cuba, Jamaica, La Española y Puerto Rico, así como una serie de islotes limítrofes de sus costas.<sup>10</sup> El grupo de las Antillas Menores está compuesto por numerosas islas e isletas, que por su ubicación geográfica se designan como islas de Barlovento e islas de Sotavento. Las de Barlovento se extienden de sur a norte, al este del Caribe, y constituyen una especie de nexo natural entre la desembocadura del río Orinoco y las Antillas Mayores. Se despliegan en un arco de unos 800 km de largo desde Granada hasta las islas Vírgenes. Entre estas islas sobresalen Granada, Granadinas, Barbados, San Vicente, Santa Lucía, Martinica, Dominica, el archipiélago de La Guadalupe, Monserrat, Antigua, San Cristóbal, Barbuda, San Eustaquio, San Kitts y Nevis, Saba, San Martín, Anguila, Sombrero, La Deseada, Santa Cruz e Islas Vírgenes. Varias de ellas están conformadas por estratos de rocas volcánicas.

Las islas de Sotavento por su estructura forman parte de la plataforma continental, y por su formación isleña y localización geográfica integran el conjunto antillano. Estas islas se extienden de este a oeste frente a

<sup>10</sup> Puerto Rico es la isla más pequeña de las Antillas Mayores con 9,104 km<sup>2</sup> Jamaica posee un área de 10,990 km<sup>2</sup>, La Española 76,480 km<sup>2</sup> y Cuba 109,884 km<sup>2</sup>.

la costa norte de América del Sur. Dentro de las más importantes se encuentran Trinidad y Tobago, Margarita, Tortuga, Los Roques, Aves, Bonaire, Curaçao y Aruba.

Por último no se deben olvidar las islas ubicadas en el centro y occidente del Caribe, las cuales son remanentes de masas terrestres que en épocas anteriores tuvieron mayor extensión. Algunas de ellas, en parte o en su totalidad, quedaron sumergidas al producirse el ascenso del nivel del mar, aproximadamente entre el 8000 y el 5000 AP. En la actualidad estas islas se dividen en dos grupos. El primero incluye las islas Maíz, San Andrés, Providencia, Cayo Roncador, Beacón y Pedro, y constituyen un puente entre Centroamérica y Jamaica. Más al noroeste, desde la costa de Honduras, afloran unas pequeñas islas denominadas islas de la Bahía, Swan, Gran Caimán, Caimán Chico y Caimán Brac, que vinculan a Centroamérica con Cuba. Estas islas y otras tierras quizás hoy sumergidas, constituyeron los territorios del Caribe insular que desempeñaron un importante papel en la comunicación con algunas de las tierras continentales que le bordean (Moreira de Lima 1999).

Desde el punto de vista geológico, se considera que el archipiélago antillano completo es el resto de antiguos territorios de muy diversos orígenes. Por ejemplo, las Antillas Mayores y las Islas Vírgenes se relacionan con la plataforma continental de Centroamérica, mientras que las Bahamas son de orígenes coralinos. Por su parte en las Antillas Menores, a partir de las islas de Guadalupe, se observan características vinculadas a componentes volcánicos.

Las islas de origen continental son las más antiguas de las Antillas, y además poseen las montañas más altas que se encuentran en islas como Cuba (sobre todo en su parte oriental), La Española, Jamaica y Puerto Rico. Los territorios de orígenes calcáreos son más recientes y responden a estratificaciones horizontales en el norte de la isla de Cuba, Las Bahamas, Barbados y Barbuda. En el resto de las Antillas Menores los relieves están asociados al vulcanismo.

Casi todas las islas poseen llanuras costeras. Especialmente en las Antillas Mayores los sistemas montañosos centrales se encuentran ceñidos por llanuras aluviales, por lo general bien irrigadas en las porciones norte de las islas y más secas a lo largo de las porciones litorales del sur.

Las temperaturas son generalmente altas y alcanzan una media de 27 a 28 grados centígrados en los meses más cálidos, con una humedad relativa acentuada y moderadas variantes térmicas diurnas y en el año. Las lluvias son más abundantes en las zonas donde soplan los vientos alisios cargados de mayor humedad marina, lo que domina el clima de algunas de las islas, donde las brisas del noreste son abundantes (Veloz Maggiolo y Zanin 1999:75-77).

Las islas del Caribe, desde el estrecho de las Bahamas en el norte de las Antillas Mayores, hasta Trinidad y las costas de Venezuela en el sur, presentan un clima subtropical y oceánico, con temperaturas cálidas y extremas, o considerables variaciones locales en cuanto a las lluvias. En especial en las regiones montañosas las lluvias tropicales pueden ser más comunes y la acción de los vientos alisios del este y del noreste propician un clima con dos temporadas anuales, una de seca y una lluviosa. Las Antillas Mayores también sufren la influencia de masas de aire frío procedentes del continente y las temperaturas descienden bruscamente durante periodos cortos en los meses de invierno ante la entrada de los llamados “nortes”. Desde mayo hasta noviembre, aunque con mayores probabilidades entre agosto y octubre, el área se encuentra expuesta al paso de huracanes que traen consigo un fuerte incremento de las lluvias (Wilson 2007:12-14).

Es necesario destacar que desde el punto de vista del poblamiento precolombino las condiciones geográficas del Caribe, en especial de Las Antillas, ejercieron importantes influencias sobre los conglomerados humanos que las habitaron en diferentes momentos. Una apretada síntesis al respecto permite destacar los siguientes aspectos:

- 1) Entre las islas del Caribe existen variaciones que propician diferencias. Esas diferencias incluyen aspectos como la forma, la topografía, el clima, y la riqueza y diversidad ambiental. Las diferencias de tamaño tienen implicaciones significativas en la economía de sus habitantes, en las formas de su organización sociopolítica y en la demografía. Por ejemplo, en las Antillas Menores los primeros inmigrantes requirieron de una intensa movilidad e intercambios entre islas, y entre estas y el continente, para sobrevivir como sociedades (Hofman *et al.* 2007). Esto se vincula con necesidades de materias primas presentes en islas específicas (Knippenberg 2006; 2011) y con formas de contacto cultural para ajustar una línea de salvamento a través de una amplia red social que podía incluir comercio, intercambios de conocimientos y objetos, matrimonios y mecanismos para mantener el lenguaje y la identidad cultural (Boomert 2007).
- 2) Aunque para las Antillas Mayores los viajes o la comunicación entre islas resultaron importantes, estos fueron menos esenciales para sobrevivir. Estas islas pueden ser comparadas a conjuntos de islas donde los grupos humanos podían enfrentar otras barreras naturales como cordilleras, drenajes, o deltas de

grandes ríos, etc. Esas características generaron la posibilidad de existencia de una considerable diversidad cultural al interior de una misma isla, como parece ser el caso de La Española (Wilson 1999, 2007:8-9).

- 3) En las islas más pequeñas la dieta o los recursos alimentarios estuvieron siempre muy vinculados a los entornos marítimos (Keegan y DeNiro 1988; Keegan *et al.* 2008; Newson y Wing 2004; DeFrance y Newson 2005:126, 178; Veloz Maggiolo y Rimoli 1977:249-263; Veloz Maggiolo 1991:55-61), mientras en las islas más grandes la diversidad es mayor al contar con recursos propios de ambientes terrestres o del interior. Las posibilidades que brindan los fértiles valles interiores de estas islas son menores o inexistentes en islas pequeñas, lo que debió incidir en las posibilidades de combinación de paisajes al momento de obtener los alimentos. Esto señala hacia una posible relación entre el tamaño de las islas y la diversidad en su potencial productivo.
- 4) Las Antillas Mayores estuvieron en mejores condiciones para soportar una mayor densidad de población de acuerdo a sus extensiones y a la productividad general de la tierra, especialmente en zonas de valles fluviales o intra-montañosos ubicados al interior. La existencia de grandes corrientes de agua, así como conjuntos montañosos, propició que estos se constituyeran en importantes núcleos de densidad poblacional y un atractivo hábitat en diferentes momentos de su historia pre-colonial (Wilson 2007:14-15).
- 5) La diversidad topográfica de las islas del Caribe oriental se refleja en diferencias de carácter geológico vinculadas con sus orígenes. Existen islas de orígenes volcánicos<sup>11</sup> e islas con sustratos sedimentarios. Estas últimas aparecen como relativamente planas sin la topografía pronunciada de las volcánicas. Esas diferencias geológicas también influyen en la disponibilidad de recursos de materias primas para el desarrollo de ciertas actividades vinculadas con la vida en cada una de ellas.<sup>12</sup>
- 6) En las islas del Caribe la interacción entre las sociedades y el ambiente ha sido más dramática que en contextos no isleños. En ellas las comunidades tuvieron un importante impacto sobre el medio que provocó la introducción de nuevas especies o la extinción de otras, cambios en la vegetación, la hidrología, e incluso el clima (Fitzpatrick y Keegan 2007; Fitzpatrick, Keegan y Sullivan 2008; Newson y Wing 2004; Woods y Sergile 2001).

El clima constituye una variable importante en la comprensión de los entornos de las islas del Caribe. A pesar de que este parece inmutable, los cambios estacionales inciden en la disponibilidad de ciertos alimentos. Un rasgo esencial al respecto son las variaciones en las lluvias, las cuales se comportan de manera estacional,<sup>13</sup> pero también pueden variar de acuerdo a la altitud y a los lados o sectores de una isla (lado de barlovento o sotavento). En islas bajas y secas, las precipitaciones son sumamente escasas mientras en zonas montañosas y de bosque húmedo de las Antillas Mayores se recibe una alta frecuencia de precipitaciones (Blume 1972:15-26). Esa situación incide en la existencia de zonas ecológicas ricas en recursos de fauna y flora, mientras en otras su distribución es menos prolifera. Distribución que puede definirse a nivel de islas completas o de regiones dentro de estas, e incidir en los índices de poblamiento precolombino de esos espacios.

- 7) La región este del archipiélago del Caribe, conformada por un estrecho corredor de islas entre las tierras firmes de Sudamérica y las Antillas Mayores, también ha estado expuesta a una inestabilidad y modificación de sus ambientes tropicales, lo cual ha influenciado en la economía, los tipos de asentamientos, el modo de vida y las creencias de las sociedades indígenas. Por ejemplo, fluctuaciones en el nivel del mar generaron cambios en las líneas de costa (Milne *et al.* 2005). Al mismo tiempo cambios en los patrones pluviométricos (Fritz *et al.* 2011), combinados con fases de fuerte aridez, incidieron en la economía de las comunidades horticultoras. A esto se suman las catástrofes como los huracanes (Malaizé *et al.* 2011:923), terremotos y erupciones volcánicas, los que deben haber causado trastornos geomorfológicos que incidieron en las observaciones sobre la geografía y el paisaje durante

<sup>11</sup> El vulcanismo básicamente se extiende desde Granada, frente a las costas de América del Sur, hasta la isla de Saba. En las Antillas Menores de Sotavento también aparece en islas como Nevis.

<sup>12</sup> Algunos de estos recursos se expresan en las disponibilidades de materia prima lítica (Boomert 2007; Hofman *et al.* 2007; Knippenberg 2006) o la disponibilidades de arcillas (Descantes *et al.* 2007, 2008; Isendoorn *et al.* 2008) para la confección de cerámica.

<sup>13</sup> Una estación seca se desarrolla de diciembre a mayo y una estación lluviosa de junio a noviembre (Blume 1972).

el período precolombino. Además de influir en la memoria colectiva de las sociedades indígenas, en la forma en que percibían el espacio, y en la estructuración de sus propios mitos (Delpuech 2004).

- 8) Los cambios en el clima produjeron efectos sobre los recursos de alimentación de las sociedades precolombinas del Caribe. Los cambios en el nivel del mar generaron transformaciones en la disponibilidad de recursos acuíferos, además de promover mayor salinidad de los suelos costeros. Las inundaciones producidas por tormentas también debieron tener un impacto importante sobre los ecosistemas litorales y marinos, lo que llevó a la creación de estrategias de mitigación. Las estrategias de mitigación incluyeron cambios hacia la explotación de diferentes ambientes marinos, reflejada en los estudios de la dieta a través del tiempo (Fitzpatrick y Keegan 2007; Fitzpatrick, Keegan y Sullivan 2008). Además, se promovieron y desarrollaron redes de interacción que involucraban diferentes zonas ambientales. Las relaciones entre comunidades de diferentes áreas geográficas aumentaron y posiblemente se desarrollaron sistemas de almacenamiento inter-regionales (Cooper y Boothroyd 2011; Cooper 2012).
- 9) Los modelos de localización de los asentamientos en el Caribe señalan hacia una distribución demográfica precolombina relacionada con los patrones de precipitación (Lane *et al.* 2008), con áreas densamente pobladas en aquellas partes que exhiben rangos menos variables en cuanto a ese indicador. Los asentamientos también se localizan en espacios resistentes a los huracanes y cercanos a sistemas de cuevas que podrían ser usadas como refugios para estos efectos, además de lugares menos propensos a las inundaciones costeras o post precipitaciones (Cooper y Peros 2010).

La disposición física del archipiélago antillano es un elemento clave para la comprensión de la historia de la región. Su extensión en sentido lineal, por 2 500 kilómetros, desde las costas de América del Sur hasta la Florida y Yucatán, lo convierten en un factor significativo para la comprensión de esferas de intercambio e interacción, así como posibles procesos de divergencia étnica y cultural. En ese sentido los estrechos pasos entre islas, más que barreras, eran conexiones en el comercio, así como en alianzas sociales y políticas que adquirirían mayores incidencias respecto a las del lado opuesto de una misma isla (Rouse 1992:31-37; Watters y Rouse 1989).

La diversidad geográfica y el mar Caribe como vía de comunicación, permitieron que gentes con diferentes ancestros y culturas vivieran en estrecha proximidad e interactuaran intensamente, ya fuera de manera individual o en grupos. Esto propició mejores condiciones para la invención e innovación de estrategias en aras de solucionar problemas. Esa situación multicultural también otorgó mejores oportunidades y grandes ventajas para combinar géneros, estilos, e ideas, además de nuevas maneras o formas para atraer seguidores y concertar alianzas (Hofman y Carlin 2010; Hofman y Hoogland *et al.* 2011; Wilson 2007:14-15).

Por último podemos concluir que los aspectos geográficos pueden contarse entre los factores que estuvieron involucrados en la emergencia de sociedades más complejas en el Caribe. Su incidencia pudo estar directa o indirectamente vinculada a cambios en la base económica, incrementos en la población, e interconexiones con grupos de dentro y fuera del ámbito isleño, en aras de intercambiar o de ejercer el control y la competencia sobre ciertos recursos (Hofman *et al.* 2011a). Al respecto es imprescindible valorar y reconocer los contactos entre las Antillas Menores y América del Sur, y entre las Antillas Mayores y Centro América, además de las interacciones y la movilidad al interior de las diferentes regiones y espacios isleños.

## 2.4 El Caribe a través de su patrimonio arqueológico

La diversidad geográfica, ecológica y cultural que ha distinguido y distingue al Caribe desde los inicios de su poblamiento, es también uno de los factores esenciales a tomar en cuenta para comprender el particular dinamismo de su historia. Lo anterior también tiene estrecha relación con la forma en que se manifiesta y se maneja su patrimonio arqueológico como potencial para la identificación cultural y el reconocimiento de los grupos sociales que lo habitan.

La diversidad de los registros arqueológicos desde los que derivan los bienes patrimoniales en el Caribe, no es resultado de un quehacer vital o de una actividad humana sedimentada de manera lineal y armónica. Por el contrario, han sido el sentido del caos vs estabilidad, las contradicciones, la movilidad y la interacción, los que han propiciado la incorporación, refuncionalización e integración de los aspectos más disímiles a lo que consideramos patrimonio arqueológico caribeño. Dentro de ese proceso formativo, tienen vital importancia la materialización y superposición de numerosas y particulares esferas de interacción manejadas de diversas maneras, con diversos propósitos, a diversas escalas (intra-regionales, trans-locales y globales), a través de toda su historia. Estas, en alguna medida, también son resultado del particular énfasis en procesos de movilidad.

Movilidad de personas (migraciones forzadas o no), ideas, conocimientos, religiones, rituales, objetos, mercancías, palabras, enfermedades, especies de animales y plantas, etc., que han incidido en sus formas de estructuración social. Estas últimas, sedimentadas sobre procesos de exclusión y matizadas por imposiciones coloniales y la resistencia generada frente a los mecanismos represivos y deculturadores.

Todo lo anterior propicia que el patrimonio arqueológico del Caribe, visto desde una perspectiva diacrónica, se manifieste en forma de un caleidoscopio con propiedades para examinar cómo se expresan algunos de esos fenómenos desde un escenario local hasta global, además de los aspectos relacionados con las migraciones, mezclas étnicas, transculturaciones, etcétera.

A partir del estudio de ese patrimonio arqueológico con características tan singulares, la Arqueología del Caribe puede contribuir (y de hecho lo está haciendo), a que la gente de ese espacio cobre mayor conciencia de su más antiguas historias (sobre todo sus historias pre-coloniales). Comiencen a reconocer sectores desconocidos o poco conocidos dentro de estas; o incluso conocidos solo a partir de una óptica que tiende a desmontar o dejar fuera expresiones culturales importantes en las actuales sociedades caribeñas.

A través del estudio de ese patrimonio arqueológico tan rico y diverso, la Arqueología también puede contribuir a demoler el sentido de uniformidad y homogeneidad cultural que ha sido achacado a ciertos momentos, periodos, o sociedades en la historia del Caribe. En ese orden puede contribuir al reconocimiento de la existencia de sociedades plurales, lo que le concede un rol importante en la comprensión de la estructura y organización social de comunidades cuyas historias están preñada de desigualdades, y cuyas memorias históricas relatan las relaciones de un grupo con otro de manera diferente.

Desde esa óptica, la protección del patrimonio arqueológico caribeño, pasa por la necesidad de legislaciones que reconozcan sus cualidades multivalentes. Con condiciones de equidad para su identificación y estudio, lo cual se encuentra a tono con el reconocimiento de “identidades” en el Caribe (en sentido diacrónico y espacial), y con la ruptura del formalismo muchas veces impuesto desde mecanismos de poder que identifican cuales elementos del patrimonio componen la supuesta identidad nacional. La tendencia, en esos casos, es a ver la identidad como algo encapsulado y unilateral.

Ejemplo de lo anterior es que, actualmente, mucha gente en el Caribe concibe sus conexiones con el pasado a partir de ancestros “míticos” (Keegan y Winston 2011). Sobre todo no perciben relaciones con los habitantes precolombinos de las islas, o en todo caso los conciben solo a partir de su condición de esclavitud y desaparición. Esa percepción fundamenta las ideas de Hauser y Curet (2011:220), quienes han expresado que un recorrido general por la actual historiografía del Caribe muestra el grado en el que la Arqueología (y de hecho parte del patrimonio arqueológico), ha sido ubicada al momento de entender la emergencia de las actuales sociedades caribeñas. En la mayoría de esas obras es solo un preludio de los proyectos de historia, al preparar la escena para la desaparición de las sociedades indígenas o para verificar el desarrollo de su esclavitud.

Lo anterior se puede considerar como un factor de manipulación que se manifiesta en el hecho de mantener una idea de historia, cultura e identidad que solo prioriza ciertas manifestaciones en detrimento de otras. Una forma de manipular el pasado y el patrimonio para enmascarar o justificar condiciones en las que un grupo predomina sobre otro. Cuestión que de hecho incide en la forma o criterios sobre los que se crean, y lo más importante, se ejecutan legislaciones gubernamentales que solo enfatizan en proteger lo que un grupo considera patrimonio cultural.

Otros peligros que se ciernen sobre el patrimonio arqueológico del Caribe, derivan de su propio carácter histórico en un mundo dinámico, cambiante, pero que actualmente cabalga desde la exacerbación de los principios neoliberales del mercado. Este último contribuye a un cambio en las ideas de cómo se percibe y evalúa el patrimonio arqueológico, según cambian las sociedades del Caribe, sus valores y sus necesidades. En ese caso, este factor se tiende a expresar a través del divorcio entre planes y proyectos de legislación patrimonial y de protección y regulación ambiental, en los peligros generados desde la avaricia financiera de llamados “desarrolladores”, o desde los intereses de gobiernos locales y nacionales en brindar “progreso” y dinero a esta parte del mundo, sin tomar en cuenta la importancia de la memoria cultural. En ese sentido, aun más en el Caribe, la situación se hace complicada cuando el patrimonio arqueológico solo se evalúa a partir de una percepción occidental de mercado basada en la simetría entre pasado y futuro. En ella todo transcurre en una especie de presente inmediato, donde el patrimonio solo se valoriza en tanto su capacidad para producir resultados económicos (Ulloa Hung 2009:6).

Ante los retos de la globalización, que cada vez impone la necesidad de sociedades “modernas”, matizadas por procesos constructivos de infraestructuras de diversa índole (en el caso de las islas del Caribe muy apegado al desarrollo de servicios turísticos), es realmente necesario un diálogo bien pensado, medido y cuidadoso, en aras de la ética que requiere la preservación del patrimonio arqueológico. Su protección debe estar incluida en el cuidado de los ambientes caribeños, sobre todo, porque se trata de paisajes culturales con un campo privile-

giado para el estudio de la historia ecológica, explícitamente dirigida a comprender la sinergia entre cultura humana (pasada y presente) y el ambiente físico (Siegel 2011:152-162).

A todo lo anterior se suman los peligros generados por los fenómenos naturales, erupciones volcánicas, huracanes, terremotos, inundaciones, penetraciones del mar, entre otros.

Como colofón, es necesario reafirmar la idea básica que de una manera u otra hemos intentado sostener a lo largo de todo este capítulo. Desde hace varios milenios la gente que habitó en el Caribe estableció conexiones con este y en este singular espacio, conexiones que vistas en una perspectiva diacrónica incidieron de manera profunda en su propia definición social y cultural. Durante generaciones, esas poblaciones interactuaron e interactúan para producir lo que algunos investigadores definen como un mosaico multicultural (Wilson 1999) asociado con una fuerte contextura de herencias patrimoniales impresas sobre los paisajes terrestres y marítimos de la región. Es precisamente en estos últimos donde, a través de lo que hoy llamamos patrimonio arqueológico, la gente de diferentes momentos materializó sus hábitos, su cotidianidad e interacciones, si eso se destruye no solo se perderá la posibilidad de entender y comprender esos agentes sociales en su diversidad, sino que su propia conexión con el “nosotros” también se destruye.